

EL LLAMAMIENTO DE EL REY

Por Iván Restrepo, S.J.

1) Enganche entre la primera Semana y el resto de los Ejercicios

La meditación del rey eternal hace de enganche entre la primera Semana y unos Ejercicios completos. Aunque se le asigne un tiempo comparativamente breve ¹, la función que debe cumplir es determinante. Por esta razón vamos a descubrir los mecanismos puestos en juego y a revisarlos uno a uno, si queremos que el ejercicio no pierda su eficacia. Fuera de que, como sucede en todos los pasos de los ejercicios, el fruto concreto que se propone al esfuerzo y a la oración del ejercitante, quedará siempre abierto a lo imprevisto de la acción divina.

2) Los «Ejercicios leves» no son la Primera Semana

Los «Ejercicios leves» han de proponerse a una persona que quiera llegar a un *cierto grado de contentar a su ánima*. Su contenido está ampliamente descrito en la anotación 18 y no coincide con las cinco meditaciones de la Primera Semana que implican un proceso muy «confrontador» y en cuanto tales son el verdadero comienzo del proceso fuerte de los Ejercicios completos. Estas meditaciones, por tanto, se propondrán solamente a quien es *más desembarazado y (..) en todo lo posible desea aprovechar, a ese dénese todos los ejercicios espirituales, por la misma orden que proceden* (EE. 20).

No quiere esto decir que el cristiano de los «ejercicios leves» sea un cristiano a medias; es invitado a vivir su condición de bautizado de un modo consecuente. Más aún, por la reconciliación y la eucaristía habrá de conservarse fiel a esa condición. Pero tal vez de una manera *privada*, por así decirlo. Ignacio adaptó los Ejercicios a las aptitudes naturales y espirituales de cada persona y percibe, como en el Evangelio, diferentes vocaciones.

3) ¿Quién está en condiciones de hacer el Ejercicio del Rey?

El que ha concluido la Primera Semana debe haber podido salir, por obra de la gracia, de su «buena o mala conciencia» (para el caso da lo mismo), que se constituía en impedimento para reconocer lo que realmente era: *un pecador perdonado*. Presumiblemente también ha podido lanzar el grito de un nuevo nacimiento (contenido en la *exclamación admirative con crecido afecto* del número 60); ha obtenido un conocimiento a fondo de sus pecados y de las tendencias de donde nacen (EE. 63); sabe que Dios ha ido a buscarlo en lo más profundo de su noche y, por sobre todo, ha experimentado que a pesar de sus pecados es considerado como alguien de *gran valor* a los ojos del Señor ².

La «confusión» que ha alcanzado, pues la ha suplicado largamente (EE. 48), no es del tipo que le invite a enterrar sus talentos. Reconoce precisamente todo lo contrario, que han sido su temor, su pereza y su orgullo, vistos ahora en su carácter «diabólico», los que lo han inducido a no *querer ayudarse con su libertad para hacer reverencia y obediencia a su Creador y Señor* ³.

El coloquio ante Cristo puesto en cruz lo ha orientado hacia el *hacer* ⁴. Pero hasta ese momento era un *hacer* ocupado en darse media vuelta por el sendero que lo llevaba camino de perder la vida. Estando ahora de regreso, se hace capaz de un nuevo paso. Después de experimentar el desbordante amor de Cristo, se abre a la tónica de un *magis* todavía por inventar. El clima de gozo y reconocimiento que ahora experimenta, lo capacita para *escuchar y responder*. Este es el ejercitante que está en condiciones de hacer el ejercicio del Rey.

¹ Este ejercicio se hará únicamente dos veces al día, al levantarse y antes de cenar, en la que se convierte en una jornada completamente atípica en todo el proceso (Cf. EE 99).

² Cf. Is 43, 4.

³ EE 50.

⁴ EE 53.

4) ¿Qué papel juega la imaginación?

No hay que temer la simbología y el imaginario que intervienen en textos como dos Banderas, tres Binarios, el Rey temporal. Después de todo uno siempre se pone en movimiento inspirado por la imaginación. Basta observar la mayor parte de los argumentos de, los films y las novelas.

¿Habrá necesidad de cambiar la parábola? Con tal que su reemplazo a ser posible implique una persona, un proyecto universal amplio y una invitación al acompañamiento cercano. De ser así, ¿no sería mejor dejar la de Ignacio? Aun en su tiempo se trataba de algo claramente idealizado. De todos modos, el que la proponga debe sentirse cómodo en ella e introducir las acomodaciones pertinentes. Otros prefieren que el ejercitante sea quien la componga; pero ¿no es una parábola esencialmente algo que nos llega de fuera y nos confronta?

5) ¿Dónde está la novedad en el ejercicio del Rey?

La Primera Semana ha debido aportar curación a la *ceguera* del ejercitante, sugerida en el carácter *invisible* de la composición de lugar de los pecados ⁵. Ahora, en el llamado de Rey, deberá vencer la *sordera* ⁶ y hacerse capaz de *escuchar* a alguien distinto de sí, como condición indispensable para asumir una tarea concreta que requiere de todas sus facultades para empezar a escribir una historia razonable y sensata ⁷. La palabra clave de todo el camino a emprender, va a ser trabajar; pero un trabajar que incluye la connotación de «penar» ⁸.

Este ejercicio es para ordenar los deseos vehementes de alguien que quiere ya darse enteramente y que, por lo tanto, corre el riesgo de una *caritas indiscreta*, como le pasó a Ignacio cuando quedó *encendido* en deseos de servir al Señor ⁹. Su finalidad exacta no consiste tanto en «suscitar» la generosidad, cuanto en aclararla y guiarla según unos principios iluminadores, para que no vaya a ser fácil ni efímera, pero tampoco heroica ni destructora. Lo que se busca es una manera de calibrar el movimiento de *ofrenda*, de modo que tenga la consistencia requerida para el camino que ha de seguir, un camino ya sin vuelta atrás ¹⁰.

6) Las diversas partes del ejercicio del Rey

El ejercicio comprende un ensamblaje de elementos bastante complejo, con el que se busca hacer posible la ordenación del amor en la experiencia que se va a vivir. Puede parecer simple, pero no lo es de ordinario para el ejercitante actual, por eso conviene darle espacio a cada una de las piezas de este conjunto, para que de hecho converjan todas hacia un ofrecimiento lúcido y decidido. Esos elementos son:

1. La *parábola* del caballero y del rey temporal, que precisa ciertas disposiciones subjetivas importantes;
2. El *discurso* del Rey eterno, que contiene un llamado muy determinado;
3. El ofrecimiento explícito de la *ofrenda*, con su formulación decisiva para el resto de la experiencia.

6.1. La Parábola (EE. 91-94)

El título es muy preciso e indica cómo el llamamiento del rey temporal *ayuda* a *contemplar* la vida del Rey eterno. Pero, ¿de qué gracia se trata? La petición la expresa bien: *no ser sordo al llamamiento del Señor, sino presto y diligente* (EE. 91). Esta petición ilumina inclusive en qué consiste el *contemplar*, que en este caso va a ser sobre todo *escuchar, oír* el llamamiento del Rey eterno, para luego implicarse con una gran radicalidad en el compromiso de responderle.

⁵ EE 47.

⁶ *Que no sea sordo a su llamamiento... EE 91.*

⁷ *Los que no tuvieron juicio y razón... EE 96.*

⁸ Quien quisiera venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria... EE 95.

⁹ *Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la idea de Jerusal'ne (...) con tanas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendio de Dios, suele desear hacer... Auto. 9.*

¹⁰ *El que pone la mano en el arado y sigue mirando atrás, no sirve para el reino de Dios (Lc 9,62).*

La *ayuda* consiste, pues, en engendrar en el ejercitante una disposición realista y muy bien asimilada, que permita responder mejor al llamado. En este momento se trata más de *una actitud subjetiva* que de una comprensión adecuada de la objetividad del misterio del Reino; hacia ese fin concreto apunta la fuerza de la parábola. La parábola es, pues, una *introducción*, que se nos presenta como entrada en juego del movimiento del ejercicio, todo él enfocado hacia el discurso-llamamiento del Rey eterno. La parábola debe ayudarnos, a su manera, para ponernos a la *escucha*. ¿Cuál es, pues, el auténtico sentido y el movimiento de esta parábola? La experiencia de Ignacio nos puede guiar en la respuesta.

Al despojarse de sus vestidos había expresado él la ruptura total con el pasado. Pero se embocó por un camino sembrado de errores que él pretende evitar al ejercitante, dotándolo de algunos elementos de discernimiento. Dios lo había llamado con todo su ser concreto, y por eso debía recuperar de algún modo su vocación de caballería y todo el dinamismo de los sueños, las ambiciones y aun las pasiones desordenadas que comportaba dicha vocación. Dios le pedía *ordenar sus* afecciones, ¡no mutilarlas!; no quería un Ignacio despersonalizado bajo capa de virtud. La espiritualidad ignaciana encarna de manera muy realista lo es ¡ritual en lo corporal y psicológico, en el espacio y en el tiempo.

Por eso la finalidad de la parábola en cuanto *introducción a la escucha del llamado del Rey eterno*, es movilizar TODA LA PERSONA, su historia concreta, sus potencias afectivas, su pasado histórico y ontológico. Porque no solo se espera que el ejercitante se ofrezca con todo su ser, sino que el objetivo del llamamiento es precisamente ese, que *todo se ordene* en su seguimiento y se emplee en conquistar y construir, para así entrar en la gloria del Padre.

En este viraje de los Ejercicios en que todo se enfoca hacia delante y que es como un nuevo comienzo, el ejercitante es convocado a presentarse con la totalidad de sus aspiraciones, sueños y arrestos, para entrar en un nuevo proceso de *ordenación*, mediante el cual, todo lo que pueda servir a la causa del Reino, se debe poner al servicio del Creador y Señor.

Por consiguiente, si es posible encontrar alguna *imagen* (ojalá muy conectada con la experiencia del mismo ejercitante) que ayude a hacer concreto este *acto de movilización*, de puesta de atención en humilde disponibilidad por parte de quien *no quiere ser sordo mas pronto y diligente*, el ejercicio conseguirá mejor lo que busca la intuición de Ignacio. Porque el *símbolo* es mucho más vivo y englobante que una toma de conciencia meramente racional de lo que implica esta movilización. El símbolo tiene la virtualidad de estar enraizado en el inconsciente y canalizar mejor todo el dinamismo de la persona que se abre al llamamiento que ha de resonar hasta en las zonas más profundas de su ser.

La palabra SEGUIR a Cristo no pertenecía al vocabulario de la Primera Semana; aparece por primera vez en este ejercicio del Rey. En Primera Semana el ejercitante es invitado a *ver lo «invisible»*: el pecado. Ahora ha de *oír y no ser sordo* al llamado. Pero antes de *escuchar* ese llamado del Señor se le propone la parábola del rey temporal, porque se lo supone muy sensible a proyectos de naturaleza *temporal y colectiva*, con una dimensión *utópica*. Porque para Ignacio es muy claro que lo eterno y espiritual debe pasar por lo *temporal e histórico* para evitar que sea una pura ilusión.

Juan el Bautista, con su invitación concreta y temporal (Lc. 3) hizo de parábola del rey temporal para los discípulos que luego siguieron a Jesús (Jn. 1). El Reino que Jesús proclamó siguió teniendo estas dimensiones temporales y colectivas: *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus pollitos bajo las alas, pero ustedes no quisieron*¹¹. Mientras más sensible sea el ejercitante a la dimensión *temporal* de la aventura humana, mejor dispuesto estará para escuchar el llamado del rey eterno. En este interés por la transformación social, política y colectiva está uno de los puntos que lo diferencian del ejercitante de los «Ejercicios leves», de quien decíamos que toma la salvación fundamentalmente en su dimensión *privada y personal*.

6.2. El discurso del Rey (EE. 95)

El texto del discurso es de gran concisión y poder interpelante. Es como un esquema que ayuda a presentar, a la contemplación auditiva y atenta del ejercitante, el llamamiento del Señor eterno. Proporciona lo esencial, que puede ser sobriamente desarrollado.

¹¹ Lc 13,34.

¿Cuáles son sus elementos principales, que deben ser convertidos a un lenguaje que tenga en cuenta la sensibilidad cristológica y eclesiológica contemporáneas?

Contiene dos partes, indisolublemente unidas por la finalidad a la que apuntan: allí está en primer lugar la *misión* de Cristo, que va a servir en un segundo momento para aclarar el sentido que deba tener la *participación* o *vocación cristiana* del creyente. Es muy importante conservar esta funcionalidad del discurso. Porque uno puede dejarse llevar de la tentación de hacer una presentación más compleja de lo que fue la misión de Cristo y del compromiso cristiano que de ella se deriva. Pero las Semanas que siguen se encargarán de eso. Lo que de momento importa es dejar claros y poner en evidencia los grandes trazos de esta *misión* que van a determinar la riqueza y amplitud del *llamamiento* dirigido al ejercitante. Eso, visto como un todo, podrá iluminar singularmente el *ofrecimiento* que sigue.

Sin llegar, pues, a ser exhaustivo, esta mirada sobre la misión de Cristo debe tocar lo *esencial* y ser *significativa*. El texto de Ignacio contiene la *universalidad* de la intención de salvación, la *personalización* del llamamiento y la profunda *inserción en la condición humana*, en marcha hacia la gloria del Padre. Estos aspectos se pueden retomar recurriendo a los diversos elementos de la misión de Cristo: universal, sacerdotal, real, profética y sacrificial. Nadal presentaba el Cristo del Reino como Camino, Verdad y Vida en la iglesia militante. Puede ser también, tomar a Cristo como Señor, Maestro, Compañero.

Estos aspectos, explicitados en lo esencial de su significación, tienen por función aclarar el sentido de la vocación cristiana, que es ofrecida aquí a la contemplación de *escucha* del ejercitante. Poniendo de relieve el conmigo, se establece la relación capital con la vocación bautismal y apostólica del ejercitante, que abarca las mismas características y poderes de la misión del Salvador. Aquí puede comprender el bautizado la amplitud y profundidad de su propia vocación. Este ejercicio debe favorecer la toma de conciencia más viva y exigente de la vocación a la que el ejercitante ha comenzado ya a responder, pero a la cual los Ejercicios lo invitan a corroborar de manera todavía más lúcida, total e incondicional.

«Si tal vocación consideramos del, rey temporal, cuanto es cosa más digna de consideración ver a Cristo nuestro Señor ... » (EE. 95). Allí está el tránsito, el umbral, el quicio de esta coyuntura importante. La invitación del rey eterno es todavía más universal y colectiva, menos parcial, que la del rey temporal. Su proyecto pasa necesariamente por lo temporal, para desembocar en la gloria del Padre.

De cada ejercitante concreto se espera que tenga juicio y razón para participar y asumir totalmente la misión de Cristo Jesús. Dispuesto a oír el llamado del rey temporal, tanto más lo estará para prestar atención y seguir la invitación del rey eterno y ofrecerse a seguirlo en la pena y en la gloria.

La palabra SEGUIR solo aparece en los Ejercicios puesta en relación con Cristo, el Señor. El ejercitante es llamado a poner sus pasos detrás del maestro a quien debe aprender a conocer mejor e «internamente», a descubrir su espíritu y su manera de obrar, para ser enviado en misión y colaborar plenamente en el anuncio del Evangelio. Aprender a conocerlo para más amarlo y seguirlo, sobre esto va a girar todo el curso de la Segunda Semana (Cf. trabajo sobre la petición de la 2ª Semana).

6.3. El ofrecimiento (EE 96-98)

6.3. 1. Mística y realismo de la ofrenda

El deseo espiritual o movimiento de ofrenda que se intensificaba al final de la Primera Semana es objeto de una especial atención en esta meditación del Rey. Para darle realismo, Ignacio ha echado mano de los verdaderos dinamismos -aunque todavía ambiguos- de la persona que se siente movida por la parábola. Pero para que no flote a la deriva en cualquier dirección, le señala también el verdadero fundamento de su compromiso bautismal y toda la riqueza de la misión de Cristo, consagrado por entero a la construcción del Reino en este mundo y en este tiempo. En este ámbito de una fe lúcida, esclarecida y encarnada, el ejercitante es invitado ahora a formular su ofrecimiento: a dedicarse por entero a la tarea del Señor, a compartir su misión de salvación, a la gloria del Padre.

La verdadera motivación de su ofrecimiento echa raíces en una conciencia renovada del *conmigo*, contenido en la invitación, que impele a una verdadera participación y vida con... Es así como el primer aspecto de la ofrenda

retoma el camino recorrido hasta ahora y explicita la inspiración mística profunda cifrada en este *conmigo* (EE. 96).

Pero el realismo de Ignacio, que cuenta con todas las energías del ejercitante, no se detiene en la ofrenda total v global, sino que apunta desde ahora a algo más concreto, dentro de este plano místico del *conmigo*, que asimila al Señor del Reino. Ignacio urgirá este ofrecimiento hasta terrenos todavía más reales: el del futuro que compromete el presente y el de la ascética propiamente evangélica que lleva adelante, encarnándola, la mística del servicio. Este sí total e incondicional debe converger con todo realismo hacia caminos que comprometan el porvenir con las vías del Evangelio tomado muy en serio. Este sí será la medida de un amor que se pone irrestrictamente en la vía que abre esta segunda Semana, centrada toda ella en el seguimiento de Cristo *según el evangelio*. El Evangelio es así, no sólo el camino, sino la medida con la cual debe medirse en adelante la vida concreta del ejercitante. Es un sí comprometedor, no en abstracto, sino especificado «en potencia» por todo lo que seguirá en la experiencia de los Ejercicios. Es el sí de toda la segunda Semana, donde el ofrecimiento no tendrá otra medida que la del amor de Dios, y el amor que responda a ese amor.

Pero el ejercitante todavía no sabe cómo será en concreto esa misión. Hay que poner mucho cuidado que esta ofrenda no vaya a ser del tipo de la de Pedro: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel, y hasta morir contigo»¹². todavía demasiado general y abstracta, carcomida por dentro y como tal propicia a quebrarse ante el primer escándalo, como de hecho aconteció: «¡Eso no te puede pasar Señor!»¹³. A lo cual Jesús respondió con violencia; la misma violencia que hay que hacerse para vencer el miedo agazapado en Pedro. Este ofrecimiento solo se puede hacer con la gracia de la resurrección para que llegue al final, como el que Pedro hace a la postre cuando el Señor, después de la resurrección, le dice perentoriamente: «Tú, sígueme... »¹⁴.

6.3.2. La doble respuesta

El ejercitante se ofrece al *trabajo* en su doble sentido de trabajo y de pena. Sí, lo primero es trabajar con él y cómo él. Pero no basta estar dispuesto a trabajar de tiempo completo y con todas las fuerzas; será necesaria la identificación afectiva con él, que lleve a estar dispuesto a *padecer* con él¹⁵. Allí está el quicio entre los que quisieran ofrecer toda su vida para trabajar y aquellos que se afectarán más (lo aman más y mejor), y no solo ofrecerán sus personas sino que lo seguirán más de cerca en el misterio pascual.

Los primeros ofrecen toda la persona, pero permanecen en control de la situación, por así decir. «Ustedes tienen buena voluntad, pero son débiles»¹⁶. Por eso habrá que hacer contra el amor carnal y mundano que los habita. No por «dolorismo», sino con el deseo de estar con el Señor hasta el final, ofrecerán todas sus personas al trabajo, pero ya en el segundo sentido de *penar*.

6.3.3. Los dinamismos puestos en juego

6.3.3.1. Se robustece un dinamismo positivo

Este ofrecimiento se vale, en primer lugar, de nuestra tendencia innata, muy fuerte y arraigada, a «¡identificarnos» con otras personas; dinamismo capaz de desencadenar un enorme potencial de seguimiento incondicional. A la fuerza de este dinamismo espontáneo viene a sumársele el peso de la consideración y ponderación con que ha de darse la respuesta, de manera que esta sea totalmente consciente y con el mayor grado de libertad posible, para que pueda convertirse en fuerza realizadora de la persona. Es una respuesta que apela a la máxima libertad, para la suprema liberación; pues aunque la terminología de «conquista» pudiera hacer surgir el fantasma de la servidumbre, de lo que realmente se trata es de dar vida dando la propia vida, y así lograr plenitud: *porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria* (EE. 95).

6.3.3.2. Se desmontan dos mecanismos negativos

Para asegurar la libertad de la respuesta, Ignacio apunta derechamente al núcleo del desmonte de los afectos desordenados. Es así como esta ofrenda empalma con la gracia del *aborrecimiento* de los pecados, del

¹² Lc. 22,33.

¹³ Mt. 16,22.

¹⁴ Jn. 21,19.

¹⁵ EE 97-98.

¹⁶ Mt 26,41.

desorden de donde provienen y de las cosas mundanas y vanas, instantáneamente pedido en la primera Semana (EE. 63), que ha de afirmarse y hacerse más sutil en el curso de toda esta segunda Semana.

La ofrenda se concibe como un don supremo que Dios concede, pero al mismo tiempo, se la ve como surgiendo desde lo más hondo de los dinamismos que nos constituyen y que, de no ser tenidos en cuenta, harían de este ofrecimiento un sartal de «buenas intenciones». Ha de estar enraizada en lo profundo de la sensibilidad, purificada por el aborrecimiento de los desórdenes e imantada por la fuerza de las afecciones ordenadas, de las cuales la primera y más importante es la «identificación» que fluye del conocimiento interno y el amor del Señor, suplicado a lo largo de todo el camino.

Pero, ¿qué sentido puede tener hacer de la pobreza y de los vituperios (algo tan negativo) el contenido de esta ofrenda? ¿No es eso claramente masoquista? Este contenido nace de la certera intuición psicológica y del realismo de Ignacio y al mismo tiempo del meollo del evangelio. Mientras nuestra sensibilidad y nuestros deseos no se desenganchen de la *propia sensualidad y el amor carnal y mundano*, la ofrenda quedaría supeditada a los embates tanto más eficaces cuanto más inconscientes, provenientes de los dos mecanismos más potentes que impedirían *todo servicio de su rey eterno y Señor universal*.

Los términos en que está propuesto este ofrecimiento (cuyos elementos decisivos están puestos «en pasiva») dejan diáfano que no se trata de un larvado protagonismo o heroísmo proveniente de una ilusión infantil de omnipotencia. Y es aquí donde sale a relucir el hondo realismo psicológico de Ignacio, que invita a tomar el toro por los cachos de los dos mecanismos más fuertes de nuestro amor carnal y mundano: nuestras tendencias posesivas y el ideal del yo, o cuidado de la propia imagen y prestigio.

Esos dos mecanismos funcionan como proyecciones de nuestras carencias y deseos, y a través de ellos intentamos vanamente superar nuestra limitación espaciotemporal. Buscamos superar la limitación *espacial*, explayándonos en las cosas poseídas como prolongación de nuestro yo. Lo «mío» me ensancha; la riqueza es ilusión de superación espacial. Por eso hablamos de vivir en la «estrechez».

Por el otro lado, por la fama pretendemos superar la limitación *temporal*. Me eternizo en la opinión de los demás, «crea fama y échate a dormir», dice el adagio popular. Por el prestigio y la fama venzo el temor de perder la estima y el cariño de los demás (necesidad infantil).

¿Y cómo supera el «Rey eterno y Señor universal» esas dos limitaciones? Jesús siempre rechazó con fuerza el mecanismo de identificación utilitarista, al no dejarse confundir por el «si eres *el Hijo de Dios ...* » de las tentaciones¹⁷ y al huir solo al monte cuando lo quieren hacer rey¹⁸. Únicamente aceptará ese reinado cuando quede diáfano que su reinado no es «de este mundo», ilusorio e infantil. Solo desde su posición de total desvalimiento, debilidad y carencia, podrá dar testimonio creíble de una *verdad*, que será también la medida de nuestra propia verdad¹⁹. Esta misma enseñanza dura y contrastante aparecerá en la parábola de Mt. 25, que nos presenta a un rey que se identifica con el débil, el enfermo, el pobre y el encarcelado.

La única liberación posible de la dinámica ilusoria que invita a trascendernos espacio-temporalmente por las riquezas y la fama, es el camino de la pobreza, la infamia y los vituperios, que desnudan nuestra verdad. El Dios dinero aísla en el egoísmo y encierra. La invitación a encontrar a Dios en el pobre y en la pobreza realiza la auténtica trascendencia. Las injurias y los vituperios desinflan el narcisismo infantil, la ilusoria eternidad del prestigio, para devolvernos al tiempo real del ahora y a nuestro verdadero tamaño. El seguimiento de Jesús, *pobre y humilde*, es liberación real de nuestras ilusiones infantiles del egoísmo y del narcisismo., para descubrir en él -pobre y humilde- al verdadero REY ETERNAL.

Para la elaboración de este artículo se han consultado: G. CUSSON, *Dynamique de l'expérience du regne*, 28(SupCSI) 105-112 y *La contemplation du regne: Pratiques ignatiennes, donner et recevoir les Exercices spirituels*, CHRISTUS hors série n. 170 (mai 1996) 136-138. B.

MENDIBOURE, s.j., *La suite du Christ selon «le Regne*, CHRISTUS 41 (1994) 356-364. C. FLIPO, s.i., *La contemplation du regne*, CHRISTUS n. 124 hors série (1991) 71-84. Algunos artículos de A. CHÉRCOLES, S.J.

¹⁷ Mt 4,3.6.

¹⁸ Jn. 6,15.

¹⁹ ... soy ref. Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad. Y todos los que pertenecen a la verdad me escuchan (Jn, 18,37).